

creados aún no éramos engendrados,—por estas razones, digo, se me permitió, mientras todavía el trirreme no soltaba sus amarras, recorrerlo todo desde la puntosa prora hasta la encurvada popa. Y aquí, bajo dosel de telas de Siria, hallé a Maruxa Castro, a la desdentada Maruxa del viejillo Gissing.

—¡Valiente bien le va a hacer al alma del viejillo,—pensé yo—la temporada en Port-Royal! Y, dirigiéndome a ella, dije:

—¡Con que, conciencia de Gissing, no le abandonas, eh?

—Es él que no me deja,—replicó ella,—como deja el señorito a su conciencia adolescente con quien no se ha atrevido a acostarse como Dios manda.

—¿Lo dices, gallega, por el clavel moreno?

—¡Ajá!

—Pues sábelo,—dije—que me alegro de dejarla. ¡Sí, me alegro! Por lo demás, queda bien. La Sarah israelita la hará sabia y cristiana. Bueno, cristiana no, pero sí judía.

—¿Y eso le satisface al señorito?

—Dejo tranquila a mi conciencia. Voy a purificarme, ¿sabes?, y lo primero es eso, dejar siglos atrás, y cómoda, a la conciencia. Ella ¿qué más puede querer? Ya canta los gangosos salmos hebreos; ya detesta los líquidos versos de Eurípides...

—No se olvida de Timas el señorito.

—¡Linda criatura! Nunca vi nada tan lleno de claridad. En nuestro tiempo, Maruxa, sería de aquellas de quienes uno dice que son hermanas de la caridad sin serlo. ¡Qué dichoso sería si Timas fuese mía! Te confieso que la amo demasiado para de-searla...

—No se preocupe el señorito, que Timas es de su conciencia.

En eso llegó Gissing.

—Pensé, dijo el viejillo, que convenía aliviarle cuidados a la Sarah israelita, y le compré, para el clavel moreno, la esclavita

que recitaba con tanto candor aquellos salvajes versos griegos...

No le oí más.

Salíme, huído, del trirreme y corrí a la casa de la Sarah. Llegué tarde.

El clavel moreno le había hundido un fino puñal oriental a Timas en el pecho. Timas estaba pálida, sangrando. Le salía sangre de la boca. Con horror me acordé del vino derramado del otro día.

—¡Hazla tuya, si quieres!, me dijo, con insolente crueldad, el clavel moreno, y nos dejó solos.

Yo me ahiné al lado de Timas. Parecía su pecho, adonde estaba herido, una

paloma degollada. Por gran dicha, el clavel moreno no sabe dónde queda exactamente el corazón—;no lo sabe, ni lo sabrá jamás!—y no le tocó la noble viscera.

Cuando ya pudo hablar, Timas me dijo: —Estoy enojada con usted. ¡Yo que creí que íbamos a ser buenos amigos!

Cuando corrí al puerto, el trirreme había zarpado. Aquí estoy. Si tuviera con qué, compraría a Timas. ¡Es tan cruel mi conciencia que creo que no me la vendería! Y Timas, ¡pobrecilla! es esclava, y no sabe ser sino esclava, y no se da cuenta de que es esclava. Quiere que seamos amigos. ¡Odio al clavel moreno!

Persiles

Heredia, Octubre de 1931.

Resumen del movimiento estudiantil cubano

—Envío del autor—

y 2.—Véase la entrega N.º 4 del tomo en curso.

La Isla de Pinos, famosa por su clima y por sus aguas, ha pasado a ser, durante el mando machadista, lugar de maldición, de significado tan triste e inhumano como las tierras infernales de la Guayana francesa. En la Isla de Pinos se construye ahora una Penitenciaría de medidas gigantescas, hecha del mármol y los espléndidos materiales que abundan en la isla. Las obras de construcción corren a cargo del Capitán Castells, de fama eminente en un ejército de gentes sin conciencia. Las piedras de la edificación son acarreadas y labradas por los presos en una faena penosísima, inacabable, bajo lluvias y soles agostadores. La más leve queja, la indicación más respetuosa, es contestada por el disparo del soldado a las órdenes de Castells. Cientos de hombres han pagado con su vida su paso forzado por la Isla de Pinos. Basta recibir una lista de la Secretaría de Gobernación donde se indiquen los condenados para que en el menor plazo queden sin vida. La noticia de los asesinatos se trasmite, una vez realizados, a los periódicos de La

Habana, con la fórmula consabida: «por querer fugarse, fueron muertos en *El Cocodrilo* los penados X, Y y Z.» La Isla de Pinos es ya, como *La Rotunda*, una llaga espantable en el mapa moral de América.

En esa isla trágica, lejos de los suyos y huérfanos de toda garantía civil, permanecieron encarcelados por más de tres meses los dirigentes del movimiento estudiantil cubano. Pablo de la Torriente Brau, el talentoso cuentista de *Batey*, ha recogido en páginas desnudas y llenas de vigor las horas de la cárcel de Isla de Pinos. Allí, como en el Castillo del Príncipe, como en San Carlos de la Cabaña, la voluntad sin limitaciones de un militar ejecutor del capricho de Machado es dueña absoluta de las vidas encadenadas puestas en su mano. Como en la Cabaña, como en el Príncipe, pero con más impunidad, con más frecuencia, se suceden los suicidios y las fugas inevitables.

De la Isla de Pinos fueron trasladados a La Habana los estudiantes, con buen número de presos políticos que con ellos sufrieron la vecindad peligrosa del Capitán Castells. Después de algunos días en el Castillo del Príncipe fueron puestos en libertad mediante gruesas fianzas. Los estudiantes salían a la calle en un momento francamente revolucionario. Convencidos de la inutilidad de los medios legales, preparaban ya la revolución los políticos de oposición y buena parte de gente apolítica indignada por el crimen diario. Entonces se planteó a los estudiantes un problema de indudable importancia. ¿Harían causa común con los políticos profesionales, casi todos de madera idéntica a la del Dictador? ¿Se pondrían a sus órdenes como auxiliares en la preparación de un golpe violento? Algunos ánimos vacilaron. Los más tomaron por el camino mejor: absoluta independencia, modo propio de ver los problemas cubanos y sólo posible coincidencia en el momento mismo de la acción armada ya que Machado significaba un obstáculo para toda acción renovadora y una afrenta igual para todos los cubanos. Y, una

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente